

Puntos de fuga

Del lazo entre el lápiz y el escribiente

ALEJANDRA CHINKES

En el lazo de un análisis *una imagen* me fue dada. Se trataba de decir algo sobre la función del analista, del trabajo analizante y del tiempo. Haciendo la salvedad que como toda imagen metafórica abre sentidos pero también crea obstáculos, nos puede permitir pensar la práctica analítica más allá de los estándares de tiempo (frecuencia y duración de sesiones por ejemplo) y espacio.

El analista: como lápiz para que alguien escriba y lea: La primera clave que nos aporta esta imagen es que el analista no está allí como sujeto, está en posición de instrumento, artefacto a ser tomado. El analizante es el que está como agente en ese hacer, es el que toma o no a quien se ofrece como lápiz. Sin embargo, también está la dimensión de ese alguien que se ofrece, que se hace lápiz. Allí se evidencia la tensión siempre presente en la práctica analítica entre la presencia de dos cuerpos que se encuentran en un espacio-tiempo y el salto topológico que hace que se trate de un solo discurso, de una figura enhebrada discursivamente en ese entre dos cuerpos.

Para que este salto del dos al uno en continuidad moebiana sea posible se requiere que quien se ofrece al lugar de analista no intervenga desde sus ideales y que además dé lugar a que se realice una lectura a partir de lo que se vaya escribiendo.

Podemos decir que la lectura es ya un corte que engendra la superficie del escrito. Entonces lo dado a leer será la superficie producida en ese encuentro entre el lápiz y el escribiente. Habrá escritura a partir de dicho encuentro.

El lápiz como objeto de nuestra cotidianeidad posee una estructura particular; está hecho a la medida de la imagen corporal, invita a ser tomado por la mano, y de su uso se extrae, por lo menos, un trazo. Tenemos estructura, imagen y trazo. Trazo que solo tendrá existencia a partir del movimiento producido en el encuentro lápiz-escribiente.

En el contexto de un análisis al movimiento discursivo lo podemos considerar como los diferentes trazos que alguien va entrelazando, dando lugar a la escritura de su historia.

Si llamamos escrito, ya no simple trazo, a aquello que cambia el estatuto de un sujeto, que conmociona su relación con el saber no sabido, transformando su posición respecto de la alteridad, entonces también podemos pensar el escrito en su valor de *acto* (en el sentido que J. Lacan lo plantea en el Seminario XV «Acto psicoanalítico» 1967-8).

Si lo situamos así, el escrito-acto será lo que hace emerger un sujeto otro, instaurando una pérdida, que puede ser significada en un análisis como la caída de alguna identificación con la cual el sujeto se hacía representar.

La palabra en función de escrito-acto la podemos ilustrar con algunos ejemplos de la vida cotidiana, a saber la pronunciación del «si» que se dice en el acto del casamiento, es a veces observable en la presentación al último final de un estudiante de una carrera universitaria, también al dar un paso nunca dado en una conversación con un amigo, una pareja, un hijo. Todas estas situaciones donde visiblemente alguien pasa de soltero a casado, de estudiante a licenciado, de amigo de a ex-amigo de, es decir donde un significant que lo representaba cae, se pierde. De este modo se vacía una posición, deja de hacerse representar por ella.

Esta estructura se presenta en el espacio singular de un análisis cuando el analizante se escucha decir algo que en tanto dicho ya no tiene retorno, es decir funciona como escrito, conllevando la pérdida de una posición que ubicada como sintomática portaba sufrimiento y fijeza. En esos momentos el escribiente testimonia a veces sensación de alivio, también angustia. Es allí que hay lugar para lo nuevo, se hace posible «pasar a otra cosa».

Si se escribe otra cosa no es sin haberse situado durante algún tiempo un «lo mismo», donde lo nuevo hace diferencia. La dimensión del tiempo...Tiempo para que «lo mismo» deje su huella, en la diacronía de la historia, armando una superficie con marcas.

Desde otra mirada del tiempo diremos que ese «lo mismo» queda constituido cuando está perdiéndose.

Jugando con esta imagen metafórica podríamos decir que el movimiento que lleva a un analista-lápiz a ir a hablar-escribir a otro (analista) sobre lo que viene escuchando en un análisis, surge cuando...

Ese que se ofrece como lápiz se percata que algo pasa,
que no se está escribiendo,
que hay movimiento pero no escritura,
que no lo puede leer,
que su intensión frena el curso del escribiente,
que ya hace tiempo que se escribe «lo mismo».

De ese encuentro puede producirse lo que llamamos *supervisión*, o por lo menos la apuesta de que ello suceda. Se podría pensar ese encuentro como la posibilidad del analista de tomarse a sí mismo como el lápiz del otro (analizante), poniendo en juego los significantes del discurso que de ese análisis lo interrogan, para en posición de analizante arribar a alguna escritura.

Luego, que este pedazo de escritura, escrito en otro espacio, pueda ser insertado en la escena 1 para relanzar lo detenido, leer lo nuevo, despejar los prejuicios, etc.

Es decir para que pueda estar ahí... *el analista: como lápiz para que alguien escriba y lea.* ■

El presente texto ha sido publicado en el No. 2 de la revista de Centro Dos, Nudos en psicoanálisis:
www.revistanudos.com.ar